COMEDIA NUEVA.

EN DOS ACTOS.

LA DAMA LABRADORA.

POR DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.



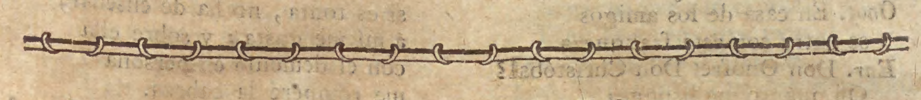
CON LICENCIA.

MADRID: AÑO DE 1801.

Se hallará en el Puesto de Josef Sanchez, frente al coliseo del Príncipe.

ACTORES.

D. *Enrique de Villena.*
D. *Ignacio de Heredia,* viejo, padre de
D. *Christóbal.*
D. *Hilario Cañete*, viejo de carácter, padre de
Don Onofre.
D. *Leonardo*, viejo, padre de
Doña Isabela.
Crispin, criado.
Clara, criada.
Criado.
Acompañamiento.



ACTO PRIMERO.

Salon corto: salen Enrique, y Crispin que va de camino.

Enr. Estoy por sacarte el alma.
Crisp. Pues, señor, muy mal hicieras,
que la pobre hace su oficio,
sea mala ó sea buena.
Enr. Posible es que tan sereno,
Crispin, á mi vista vuelvas
sin traerme una noticia,
una noticia siquiera?
Crisp. Y qué culpa tengo yo,
si á causa de la pendencia
con Don Pedro de Mendoza
y sus amigos, fué fuerza
dexar á Valladolid
con la mayor diligencia?
En un mes se compusieron
las resultas lastimeras
de la qüestion que tuvimos;
me enviaste luego á la aldea
donde vivia tu moza,
porque en fin dama no era,
estaba su padre ausente,
y la pobrecita vieja
de su madre, me informó
que hacia semana y media
que unos señores llegaron;
y sin atender las quejas
de la vieja y de la niña,
arrebataron á ésta,
diciéndola que era hija
de un caballero de prendas
muy relevantes, en esto
de fortuna y de nobleza;
que allí se habia criado
desde su edad la mas tierna,
por justísimos respetos;
que se ignoraba la tierra
donde la habian llevado;
por último, no hubo tienda,
posada, café, billar,
ni bodegon ni taberna
en donde no procurase
saber algo en la materia;
pero tuve que quedarme
per instam sanctam, &c.
Enr. Para esto cinco años
abandoné las escuelas
en que era tan aplaudido,
y entregado á la belleza
de Laura, su corazon
formé, y en su alma bella
derramé tantos principios,
haciéndola mas completa
muger que el sol ilumina
desde la celeste esfera?
Y qué he de hacer? qué pensará
de mí Laura? ay dulce prenda!
ó quánto mi amor agravia
si de su olvido recela!
Crispin, por la puerta falsa
del jardin, al punto llega
á casa de Don Ignacio,
y le prevendrás que tenga
la bondad de señalarme
hora en que hablarle pueda;
porque quiero recoger
quantos dineros y letras
sean posibles, y luego

salir á buscar la esfera
de mi corazon. *Crisp.* Volando
volveré con la respuesta. *vase.*

Enr. No es posible, no es posible
que pueda vivir con esta
inquietud, que con rigor
tan extraño me atormenta.

Salen Don Onofre y Don Christóbal.

Onof. En casa de los amigos
se entra con esta franqueza.

Enr. Don Onofre? Don Christóbal?
Oh quánto me lisongea
el veros!

Christ. Qué hemos de hacer?
tú te estás aquí entre puertas;
con que ya se vé, es preciso,
como soy, que uno se venga
pian, pian, como dicen.

Onof. Con que tuviste pendencia
con Mendocilla? era un trasto,
no habia quien le pudiera
aguantar, insolentuelo!
muy preciado de su ciencia,
y no sabia palabra:
le rompiste la cabeza?

Enr. Algo de eso hubo: una noche,
sobre cosas de la escuela,
nos trabamos de palabras;
y á pesar de mi prudencia,
me hizo tirar de la espada;
hubo confusion y gresca:
él hablaba en confianza
de su quadrilla; pero ésta
no pudo lograr que yo
mas dichoso no le hiciera:
Crispin se hallaba conmigo,
y nos vimos en la estrecha
precision de huir: en fin,
ya se zanjó la materia;
y es hoy el tercero dia
que gozo libertad plena.

Onof. Y no hubo niña por medio?

Enr. No por cierto: mi alma exênta
de amor en Valladolid
conservé. *Onof.* Pues si tú vieras
una que vino hace poco
á casa de este babieca?

Enr. Tan hermosa es?

Onof. El palmito
y el talle cosa estupenda;
como así tuviese el alma,
seria la mas perfecta
de quantas mugeres pisan
sobre la faz de la tierra;
pero es tonta, como hermosa,
que es quanto cabe.

Christ. Paciencia:
si es tonta, no ha de enseñar;
á mí me gusta; y sobre ella
con el demonio en persona
me romperé la cabeza.

Onof. Qué siempre has de ser salvage?
En el dia es cosa fea
el reñir por las mugeres,
quando abunda esta ralea
de suerte, que á puntapies
por donde quiera se encuentran;
y á escoger, sí, y á escoger
como entre guindas y peras.
Mas tú con ese capote,
y ese moñazo que pesa
media arroba, y el cigarro
siempre en la boca, no piensas
sino es en mil disparates
que las gentes te toleran,
porque á mas de ser bonazo,
tienes bastante corteza.

Christ. Cada uno es cada uno,
y sobre todo, canela;
qualquiera es, como otros muchos,
un mono de covachuelas,
como tú... vaya, me atrevo
á ponerte por veleta;
dexémoslo, no hago caso,
porque... mas dí lo que quieras.

Onof. Véase aquí lo que son *ap.*
estas gentes tan tremendas
que gastan pocas palabras;
y es porque no las encuentran:
vaya, vaya, no te enojes;
vamos á dar una vuelta
al prado, y luego vendremos
á tu casa, donde vea
Enrique si es como yo
he dicho la forastera.

Enr. Por complaceros iré.

Onof. Alon, pues vamos tronera.

Christ. Por bien, hasta el otro mundo.

Enr. Mas sea pronto la vuelta,
que tengo mucho que hacer,
y en tu casa. *Christ.* Enhorabuena:
toda es tuya: aquí no hay broma;
con el corazon la lengua;
ya está dicho: se acabó:
Christo con todos, y arrea. *vanse.*

Salon largo: salen Doña Isabel y Clara.

Clar. Pero, señora, es posible
que tengais tanta tristeza?
Pasar de ser labradora
á ser única heredera,
como quien no dice nada,
de Don Alonso de Feria,
me parece que es motivo
bastante para que hicierais
mejor cara al nuevo estado
que la fortuna os presenta?
Isab. Qué haya de disimular *ap.*
mis sentimientos por fuerza!
Pero hasta saber de Enrique
es precisa esta cautela!
Pero si yo no estoy triste,
siempre he sido un poco seria:
además de eso, el sacarme
de repente de mi aldea,
sin dexarme despedir
ni aun de mis padres siquiera...
Clar. Qué padres, ni qué embeleco?
por una causa secreta,
que mi amo sabe, os llevaron
desde muy niña á una aldea
próxîma á Valladolid,
porque ninguno supiera
la verdad de vuestro orígen;
y padres vuestros no eran
los que vos imaginabais.
Isab. Pues los que quisieren sean;
pero yo no me hallo sin
los que conocí pequeña;
y si á ellos no me vuelven,
jamas estaré contenta.
Clar. Qué, la Corte no os agrada?
Isab. Mas queria yo en mi aldea
baylar debaxo del olmo
todos los dias de fiesta,
que todo lo que aquí dicen
que divierte... *Clar.* Valga flema,
chiton, y agur, que mi amo
con un hombre aquí se acerca. *vase.*

Salen Don Ignacio y Crispin.

Ign. Le direis á vuestro amo...
Crisp. El Christo de Zalamea
me valga.
Ign. Qué? os santiguais?
Crisp. Señor, esta es maña vieja;
siempre que un mal pensamiento
se me pone en la cabeza,
hago lo mismo que veis.
Ign. Es piadosa diligencia.
Isab. Es Crispin, no hay que dudar.
Crisp. O yo estoy ciego, ó es ella.
Ign. Mucho mirais á Isabel.
Crisp. Tambien en mí es maña vieja
en viendo una buena moza
quedar con la boca abierta.
Ign. Miradla bien entre tanto
que yo paso á esotra pieza
para sacar unas cartas
que á vuestro amo interesan:
luego salgo. *vase.*
Crisp. El cielo os guarde:
señora? señora?
Isab. Cesa
vil criado del mas vil
hombre que se halla en la tierra:
no prosigas, que de verte
mi corazon se apodera
de un furor, que solo cabe
en mí mismo, y no en mi
lengua.
Crisp. Con esto sales, despues
de haber andado doscientas
leguas por toda Castilla
en tu busca?
Isab. Si no dexas
ese asunto, yo te juro
que despechada y resuelta
sabré...
Crisp. Señora, por Dios,
sabed...
Isab. No hay nada que sepa.
Crisp. Que mi amo...
Isab. Es un traidor.
Crisp. Se vió por una pendencia...
Isab. Calla, infame.
Crisp. Precisado...
Isab. Bribon...

Sale Don Ignacio con cartas.

Ign. Qué voces son estas?
Isab. Es que este hombre me dice
mil cosas que me rebientan;
y no pudiendo aguantarlo,
gritaba porque salierais.
Crisp. Ahora lo cree, y este otro *ap.*
me rompe á mí la cabeza.
Ign. Y quién os da atrevimiento...
Crisp. Esto es una friolera:
como yo ví en esta dama
tal extremo de belleza,
la dixe dos chicoleos;
pero no entiende la tecla;
y como si la mataran,
se puso como una perra.
Ign. Está bien; idos al punto;
tomad las cartas.
Crisp. No fuera
mejor que vos las tuvieseis,
y dárselas quando venga
mi amo?
Ign. Es muy cortesano
Don Enrique de Villena:
pueden importarle mucho,
y aquí no querrá leerlas.
Crisp. Dádmelas pues, y me marcho:
la primera diligencia *ap.*
es avisar á mi amo:
el diablo de la mozuela,
si me descuido un poquito,
yo creo que me repela. *vase.*
Ign. Isabel, no has de enojarte
aunque los hombres de bella
te aplaudan (que esto es comun);
se oye, pero se desprecia:
y ya que estamos á solas,
quisiera que me entiendieras
con cuidado en un asunto
que comunicarte es fuerza.
Isab. Decid.
Ign. Ya sabes, querida,
que baxo las apariencias
de labradora has vivido
confundida en una aldea;
que esto fué porque tu padre
Don Alonso, que Dios tenga,
se casó con una dama
de familia muy opuesta
á la suya: fué la boda
precisamente secreta,
y tambien tu nacimiento:
referirte las cautelas
que en el caso practicamos,
en vano es; basta que sepas
que tu padre de mí solo
se fió en esta materia:
pasó á América á un empleo
de los de mas conseqüencia,
habrá diez años y medio;
murió tu madre en su ausencia,
á tiempo que yo tenia
todas las cosas compuestas
para publicar su enlace;
dile á Don Alonso cuenta,
á sazon que el infeliz
tocaba en su hora postrera;
recibí su testamento,
en que te hizo su heredera,
encargando á mi cuidado
el tuyo; y en conseqüencia
te traxe á mi compañía
para cumplir esta deuda:
á mi hijo Don Christóbal
encargué que te traxera
de la aldea donde estabas;
y lo hizo con violencia
propia de su condicion;
pero quedó de mi cuenta
tranquilizar justamente
los que tu creias eran
tus padres: me has entendido?
Isab. Sí señor.
Ign. Ahora resta
que me pagues los cuidados
que desde tu infancia tierna
me has costado.
Isab. Sí señor.
Ign. Y sabes de qué manera
lo deseo?
Isab. No señor.
Ign. Pues, hija mia, mi idea
es que seas mi muger...
Isab. Ja, ja, ja. *riyendo.*
Ign. Qué es eso? te alegras?
Isab. No señor.
Ign. Luego te burlas?
Isab. Tampoco.

Ign. Pues dí, qué es esa
risa? *Isab.* Gana de reir;
pues no quereis que la tenga?
casaros quereis conmigo?
Ign. Pues no soy viudo?
Isab. Por fuerza:
se supone; pero creo
que teneis unos sesenta
años, poco mas ó ménos;
y pareceré hija vuestra.
Ign. Y qué importa? yo estoy fuerte;
y no es tanta como piensas
mi edad.
Isab. No la yerro mucho:
y en fin, yo he visto en mi aldea
que muchachos y muchachas,
con muy poca diferencia
se casaban, pero viejos
con mozas muy pocos eran;
y si alguno se casaba,
por las noches era fiesta
el oir las cencerradas
y matracas: á su puerta
les colgaban zancarrones
de rocin, ó mula muerta;
y yo no quiero que á mí
otro tanto me suceda.
Ign. Pero aquí no se cometen
semejantes desvergüenzas.
Isab. Pero no teneis un hijo?
quánto mas regular era
que me casarais con él?
Ign. No, pues para esto no es lerda:
el diablo de la muchacha, *ap.*
mas clara es que una vidriera.
Isab. En suma, yo os quiero mucho,
como si mi padre fuerais;
mas para esto de marido,
sin lisonja, en la cabeza
descubris ya tantas canas,
que el mirarlas da tristeza.
Ign. No pierde el hombre por eso,
porque esa es la diferencia
que hay entre hombres y mugeres.
Isab. Lo que vos quisiereis sea;
mas quando era labradora,
yo reparaba en la huerta,
que los que compraban coles,
elegian las mas tiernas,
mas frescas y mas hermosas,
y despreciaban las viejas
que estaban mustias y lacias;
y solo servian estas
para darlas á los cerdos.
Ign. La comparacion es buena:
vaya, que salgo lucido
con mi empeño.
Isab. No quisiera que os agraviarais,
que yo hablo porque tengo lengua,
y no mas.
Ign. Ya, ya lo veo.
Isab. Demas de eso, en las Salesas
diz que teneis una hija,
y que ya está casadera.
Ign. Ya yo trato de casarla
con Don Enrique Villena.
Isab. Qué es lo que oygo, pesares! *ap.*
Ign. De qué te quedas suspensa?
Isab. Decid, ese caballero
no es de muy buena presencia?
Ign. Muy gallardo.
Isab. Y muy ingrato: *ap.*
no cursaba las escuelas
de Valladolid?
Ign. No hay duda.
Isab. Pues ese tuvo en mi aldea
un trato con una niña,
con quien trataba de veras
para casarse, y la dió
su palabra: lo sé de ella,
que era muy amiga mia;
pues cómo es posible quiera
casarse con otra? *Ign.* Y tú
á Enrique le conocieras?
Isab. No habia de conocerle?
al instante que le viera:
si le queriamos tanto
en el lugar por sus prendas?
particularmente yo;
nada habria que no hiciera
yo por él.
Ign. Bueno es saberlo:
yo le hablaré en la materia.
Sale un Criad. Don Hilario de Cañete
dice que hablaros desea. *vase.*
Ign. Entre: tú vete á tu quarto;
y en lo que te he dicho piensa.
Isab. Harto lo tengo pensado:

llena de zelos y penas
estoy: ah traidor Enrique,
qué de suspiros me cuestas!
Vase, y sale Don Hilario.
Hil. Amigo?
Ign. Vos cumplimientos,
mediando la amistad nuestra?
Hil. Es que vengo de negocio
muy grave.
Ign. Pues decid: ea,
sapa yo en qué he de serviros.
Hil. No extrañareis las flaquezas
de los hombres: miéntras uno
está en la triste carrera
de la vida, se halla expuesto
á qualquiera contingencia.
Ign. Qué hay que dudar? proseguid.
Hil. Mi hijo Onofre es calabera
desatinada: no digo
que haga infamias manifiestas,
pero no tiene carácter,
solidez, ni consistencia
para nada; y sobre todo,
es por un falso sistema
celibatario cerrado,
de estos de opinion moderna,
que los vínculos mas dulces
de la sociedad desprecian,
y de padres de familias
la dignidad no penetran:
todo es efecto de vicio,
que es lo que mas me atormenta;
veo perecer mi casa,
y siento que mis riquezas
se dividan entre extraños;
mi edad, señor, no es de aquellas
mas desesperadas, no;
todavía tengo fuerzas,
y así es mi intencion...
Ign. Casaros? *Hil.* Sí señor.
Ign. Muy buena idea.
Hil. Por eso he puesto los ojos
en las gracias y modestia
de Doña Isabel.
Ign. Pero hombre,
ya veis la gran diferencia
que hay entre los dos.
Hil. No es tanta:
mi edad raya en los sesenta,
mas sin achaque ninguno;
y qualquiera que me vea,
sin lisonja, no dirá
que paso de los quarenta?
quántos vemos que en mi edad
se casan con damas bellas,
y que tienen numerosa
sucesion...
Ign. De quien la tengan.
Hil. Burlas á un lado.
Ign. Muy bien:
he de hablar claro?
Hil. No es fuerza?
Ign. Sois mi amigo?
Hil. Mas que nadie.
Ign. Pues armaos de paciencia,
porque yo quiero á Isabel
para mí.
Hil. Quién tal creyera?
Ign. Por qué no?
Hil. Habeis sido mozo;
estais lleno de goteras,
y pensais en casaros?
Ign. Y decid, por vida vuestra,
sois por ventura un adonis?
no veis que ya la cabeza
os está diciendo, mira
contínuamente á la tierra,
que de ella saliste, y luego
tienes que volver á ella?
pero dexando esto á un lado,
en entrambos es simpleza,
por no decir otra cosa,
dar pábulo á estas ideas;
porque segun se ha explicado
Isabelita detesta los viejos;
yo no lo extraño,
la oveja con su pareja;
con todo, porque los dos
quedemos en la materia
iguales, se lo diremos,
y oiremos su sentencia.
Hil. Soy contento.
Ign. Pues venid
despues á comer.
Hil. Quisiera
estar ya en la hora: á Dios;
pero que nadie lo sepa. *vase.*
Ign. Yo me guardaria bien:

qué diablos tendrán las hembras,
que ni al umbral del sepulcro
en paz á un hombre lo dexan?
Salon corto: salen Enrique y Crispin.
Enr. Es verdad lo que me dices?
Crisp. No fué fortuna pequeña
haberte hallado al volver
con aquellos dos babiecas,
y poderte separar
para que te lo dixera.
Enr. Y qué, está tan enojada?
Crisp. Un leon, una pantera,
una serpiente, una onza;
qué es una onza? ni onza y media,
se ponen como se puso
la tal Laura, ya Isabela:
los ojos la chispeaban
y fulminaban centellas,
de modo que parecia
querer abrasar la tierra:
yo pretendí disculparte;
pero si el viejo no llega,
y tiene un cuchillo á mano,
yo creo que me degüella:
ya puedes ir con cuidado,
porque si á tiro te pesca,
de las visuales ventanas
una lo ménos te cierra.
Enr. Lo mas es haberla hallado,
y en parage donde pueda
lograr la ocasion dichosa
de poder satisfacerla;
que en sabiendo la verdad,
yo no dudo de que vuelva
á renovarse el cariño,
porque es su alma muy tierna,
y su talento divino
tanto como su belleza.
Crisp. Pues ella pasa por tonta.
Enr. Será sin duda cautela.
Pero tú cómo lo sabes?
Crisp. Como vivimos tan cerca,
varias veces he hablado
á Clara su camarera,
con quien tengo un poco de
quebradero de cabeza;
de refilon la he hablado
únicamente, hasta esta
mañana, que por acaso
me enviaste á su casa mesma;
y al salir, en quanto pudo
permitírmelo la priesa
que de buscarte tenia,
me informé de la materia.
Enr. Y mi amor la descubriste?
Crisp. Tan necio quereis que sea,
que si á sonsacar me meto,
no sonsaque con destreza?
E iras á verla? *Enr.* Al momento.
Crisp. Cuidado no te arrepientas:
pero qué hermosa que estaba
con todas las arandelas,
de camison de ahorcado,
como ahora las damas llevan,
á lo etiope tocada,
hecha pasas la melena,
el pescuezo repelado,
y largo de vara y media.
Enr. De qualquier modo, Crispin,
puede dexar de ser ella?
Crisp. Los ojazos como puños,
y la boquita de perlas,
donde revolando andaban
las gracias haciendo fiestas
de sus labios y mexillas
á la hermosa primavera.
Enr. Poético estás.
Crisp. Del trato
contigo esto se me pega,
porque quien con lobos anda
dicen que ahullar se enseña.
Enr. Vamos, Crispin, que no puedo
resistir mas mi impaciencia.
Crisp. Sabes si querrá escucharte?
Enr. Habia de ser tan fiera?
Crisp. Vamos, que allá lo verás.
Enr. Nada temo: quién dixera
que el motivo de mis ansias
habia de estar tan cerca? *vanse.*
Salon largo: salen Isabel, Onofre y Christóbal.
Isab. No habreis paseado mucho,
pues dais tan pronto la vuelta.
Onof. El prado, adonde hemos ido,
en dias de concurrencia
como el de hoy, es muy pesado:
no hay humana resistencia
para sufrir empellones,

y tolerar la molestia
de los que baxan y suben
como unas devanaderas:
agregad á eso que el polvo
toda la atmósfera llena,
y para una pulmonía
es ocasion muy expuesta:
no es verdad?

Isab. No sé; no entiendo
de eso palabra ni media.

Christ. Que diablos has de entender,
si siempre habla de manera
que... vaya... si es un simplon:
el demonio que lo entienda.

Onof. Pues no me explico en latin,
sino en nuestra propia lengua;
y en ella, señora, os digo,
que aun quando el paseo fuera
la cosa mas divertida,
era precision y fuerza
que lo abandonara quien
participa de la inmensa
dicha de poder estar
en vuestra amable presencia,
exhalando á vuestros ojos
suspiros tiernos que vuelan
en alas del rendimiento
á tributaros finezas.

Christ. Si quieres que yo á tí
te tribute una docena
de puntapies, no me gastes
con Isabel esas grescas;
que aunque yo no las entiendo,
yo me entiendo acá en mi idea:
vamos claros: sí: bonito
es el chico para fiestas;
habrá mono! no hay muger
á quien no le diga de estas
que no sé como se llaman.

Onof. Groserazo: bueno fuera,
que tú, á quien por esa traza,
ese genio y aspereza
llaman Don Christobalon,
las finuras entendieras
de urbanas galanterías
y de atenciones discretas.

Sale Clara.

Clar. Don Onofre?

Onof. Clara hermosa?

Christ. Sí: lo mismo le dixera
aunque fuese como un diablo.

Clar. Mi amo dice que desea
que llegueis á su despacho,
que hoy es dia de estafeta,
y quiere que traduzcais
dos ó tres cartas francesas.

Onof. Está bien: voy al instante;
tú hacer todo esto debieras,
pero qué has de hacer si tienes
tan redonda la cabeza. *vanse.*

Christ. El ha de lograr un dia
que las costillas le muela.

Isab. Si este me habla, le tengo
de contextar en su lengua:
sírvale este desahogo
de distraccion á mi pena.

Christ. Yo queria á esta muger
decirle que me quisiera;
pero si soy un borrico:
qué tengo de hacer? paciencia.

Isab. No me hablais?

Christ. Si yo pudiese
hablar de cierta manera...
pero uno no es como todos,
y al cabo hay unas materias
que está uno sin saber... toma:
si yo explicarme supiera!

Isab. Ya lo veo: en fin... al cabo
hay ocasiones que en ellas,
como dixo el otro, uno
no sabe lo que se pesca;
y para tocar la boca
doblar la mano no es fuerza?

Christ. Pues eso es lo que yo digo;
me alegro de que me entiendan:
y en suma, yo soy un mozo
que ninguno habrá que pueda
echarme nada en la cara;
y por eso de vergüenza
no dice uno, ya se ve,
lo que otros muchos dixeran:
todo el mundo allá á su modo
sabe lo que se desea:
y si á cuchilladas fuesen
las cosas, á ver quien fuera,
queriendo vos, por supuesto,
quien llevase la prebenda?

Isab. Vaya, que declaracion

mas fina, nadie la hiciera:
con que vos, segun parece,
tambien, como otro qualquiera,
sentis esto que se llama
amor, ó marimorena?
y qué remedio? quién sabe?
las cosas son todas ellas
como son; nadie está libre;
el que no anda, no tropieza;
si llueve todos se mojan;
en esto no hay diferencia,
cada qual, tiene su aquel;
y como dicen las viejas,
todo el mundo sabe bien
donde el zapato le aprieta.
Sale Clar. Padre os llama.
Christ. Voy volando:
lo dicho, dicho, y andera. *vase.*
Isab. Clara, pues que de mis cosas
te he hecho ya confidencia...
pero llaman.
Clar. Voy á abrir. *vase.*
Isab. Entre qualquiera que sea:
qué abismo de confusiones
y sentimientos me cerca!
traidor amante! no puedo
aborrecerle aunque quiera.
Salen Clara y Enrique.
Clar. Señora, aquí está el señor
Don Enrique de Villena.
Isab. Qué dices? válgame Dios!
Clara, cuida de esa puerta,
y avisa...
Clar. Estoy en el caso. *vase.*
Enr. Mi bien, dulcísimo objeto
de mis esperanzas tiernas,
ya sé que estás enojada;
pero depon lo severa
hasta oirme: tantas ansias,
y tan rigorosas penas
como por tí he padecido,
solo este alivio merezcan.
Isab. Y yo oiria á un traidor,
á un inconstante, en quien reynan
engaños y alevosías,
como en su mejor esfera?
no te huiste de mis ojos
con tan repentina ausencia,
que hasta ahora no he sabido
la causa y motivo de ella?
qué has de decir en tu abono?
pero digas lo que quieras,
te aborrezco, te detesto,
me es odiosa tu presencia:
no quiero oir tus disculpas;
mi amor fué; vanas son ellas.
Enr. Y puedes creer que un hombre
que te amaba tan de veras,
que cultivó tu talento
para que su esposa fueras,
que te lo juró mil veces,
tan de repente pudiera
pasar de extremos amantes
á extremos de indiferencia?
los malvados no se hacen
tan de repente: les cuesta
mucho el franquear audaces,
de la virtud la barrera;
por grados van lentamente
abandonando sus sendas;
pues, por qué tú pensarias
que yo lo mismo no hiciera?
Isab. Sabia yo por ventura
las alevosas ideas
que abrigabas en tu pecho?
Enr. Siempre, siempre manifiestas
te fuéron mis intenciones:
lo que decia mi lengua
sentia mi corazon:
una triste contingencia,
que empeño de honor se hizo,
me obligó á que á toda priesa
dexara á Valladolid,
temiendo que me prendieran;
mas si de tí me ausentaba,
para qué mayor cadena?
Isab. Quando eso (que no lo creo)
fuera así como lo cuentas,
dónde estaba aquel infame
tercero de tus cautelas?
tu criado, que podia
decirme lo que ocurriera...
Enr. Se halló en el lance conmigo,
y el ampararle era deuda
de mi obligacion.
Isab. Oh quánto,
Enrique, mejor te fuera
no haber de mi entendimiento

disipado las tinieblas?
Enr. Por qué?
Isab. Porque no sintiera
tal vez lo que ahora siento;
pues la luz de la prudencia
justamente me persuade
á que tu ficcion no crea.
Enr. No de fingido me arguyas,
bien mio: no hay en la tierra
verdad, si á la de mi pecho
injusta el crédito niegas.
Isab. Bueno fuera te creyese,
quando ya tengo evidencia
de que casas con la hija
de Don Ignacio de Heredia?
él mismo me lo ha afirmado.
Enr. Podrá ser suya esa idea;
pero yo estoy ignorante,
te lo juro: dulce prenda,
y única esperanza mia,
tú sola eres la que reyna
en mi corazon amante,
que no suspira ni alienta
sino por tí: mas despacio
te diré las conseqüencias
de mi lance, y el cuidado
con que busqué tu belleza,
apénas se compusiéron
sus resultas lastimeras:
y en quanto á mi casamiento,
que te diga el mismo Heredia
si yo jamas he pensado
en semejante quimera:
solo siento, solo siento
mirarte en distinta esfera,
para que así penetrases
el fondo de mi fineza;
pues humilde labradora,
mucho mas que dama excelsa,
con la mano, mi alvedrio
y mi corazon te diera.
Isab. Qué opuestos los dos estamos!
Enr. Cómo?
Isab. Como á mí me alegra
ser dama de distincion,
y poseer mil riquezas
solo para castigarte.
Enr. Cómo?
Isab. Dándote con ellas
la posesion de mi alma,
mis sentidos y potencias.
Enr. Cómo podrias no ser
siempre amable, y siempre
tierna?
Isab. Vete ahora, y vuelve luego,
que hoy mismo ha de quedar
hecha nuestra union.
Enr. Feliz mil veces
quien tiene tan buena estrella!
Isab. A Dios, vida mia.
Enr. A Dios:
mi alma contigo queda.
Isab. Cuida mucho de la mia,
pues contigo te la llevas.

ACTO SEGUNDO.

Salon largo, y salen Crispin y Clara.

Crisp. Clarita, la mi Clarita;
Clara, y no clara de huevo,
sino clara mucho mas,
tanto, que por tanto serlo,
clarísima de Venecia
pudieras ser en efecto;
á hurtadillas de mi amo,
y de todo el universo,
vengo á quemarme las barbas
á la luz de tus ojuelos,
que matan con miraduras
el alma toda, y el cuerpo,
por delante y por detras,
de reves y de derecho.
Clar. Pues, hijo mio, has venido
á muy bueno y muy mal tiempo.
Crisp. Partamos: toma lo malo,
y déxame á mí lo bueno.
Clar. No puede ser.
Crisp. Pues desbucha,
y de una vez acabemos.
Clar. Don Hilario y Don Onofre
su hijo están allá dentro,
que este se quedó á comer,
y su padre vino luego,
y no quiero que te vea
conmigo ninguno de ellos:
mi ama me manda poner
esta carta en el correo,

con que ninguno mejor
que tú, Crispin, puede hacerlo;
Le da una carta.
y así vienes bien y mal,
mal, porque hablar no podemos,
y bien, por fiar la carta
de buenas manos, supuesto
que en las cosas de Isabel
estarás práctico y diestro,
como corredor del gusto
de Don Enrique tu dueño.

Crisp. Corredor del gusto? y bien,
qué criado no es lo mesmo?
el ser un hombre corriente
es una gracia, pues vemos
que aquellos que son parados,
llaman Obispos de yeso;
pero dime, niña, quándo
hablar despacio podremos?

Clar. Yo te lo avisaré quando
haya conyuntura; pero,
qué negocio? tú pareces
un grandísimo embustero,
entre estudiante y lacayo,
animal amfibio, y temo
que pare en conversacion
el trapillo, quando pienso,
por redomado que seas,
que *in faciæ ecclesiæ...*

Crisp. Te entiendo:
yo soy sombra de mi amo;
si él apechuga, *laus deo*,
habrá mútuas bendiciones
entre criados y dueños.

Clar. Pues á Dios, hasta la vista.

Crisp. Eso decian dos ciegos
el otro dia en el prado,
estándose despidiendo:
ea, agúr. *vase.*

Clar. A Dios, taimado;
pero aquí salen los viejos
con Isabel.

Salen Don Ignacio, Don Hilario y Doña Isabel.

Ign. Ola, Clara,
al punto vete allá dentro. *vase.*

Isab. Qué me querrán estos hombres,
con honores de esqueletos?

Ign. Hija mia, en dos palabras,
pues no gusto de rodeos,
Don Hilario de Cañete
es hombre muy opulento,
juicioso como ninguno;
complaciente hasta lo extremo;
su nobleza es muy antigua...

Isab. Por fuerza.

Ign. Qué sabes de eso?

Isab. Pues no ha de ser muy antiguo
por fuerza este caballero?
en eso qué hay que dudar?
la cara lo está diciendo.

Hil. Al primer tapon zurrapas, *ap.*
se suele decir por esto.

Ign. Pues tal como es Don Hilario,
tiene los mismos deseos
que yo; te quiere, te ama...

Isab. Con que querrá, segun eso,
tambien casarse conmigo?

Hil. Sí señorita, eso quiero;
reconozco que mi edad
tal vez será impedimento
para que vos resistais;
mas si accedeis á mis ruegos,
recompensar esta falta
con mis finezas espero;
y nunca seré marido,
sino humilde esclavo vuestro.

Ign. Lo mismo te digo yo,
porque lo mismo apetezco.

Isab. Yo he nacido con estrella *ap.*
de enamorar á los viejos.

Ign. Qué nos respondes? yo sudo. *ap.*

Hi. Qué nos contextais? yo tiemblo. *ap.*

Isab. Señores, si yo pudiese
casarme con dos á un tiempo,
esto estaba remediado:
tampoco casarme puedo
á medias; eso es imposible;
con que, segun considero,
no casando con ninguno,
los dos quedarán contentos.

Ign. Isabelita, por Dios...

Hil. Señorita, por San Pedro...

Ign. No desprecies mis cuidados.

Hil. No malogreis tanto afecto.

Ign. Sin tí no podré vivir.

Hil. Señora, sin vos me muero.

Ign. Mírame puesto á tus pies.

Hil. Vedme á vuestras plantas puesto.
Isab. Como aprietan los malditos.
Salen Don Onofre y Don Christóbal.
Onof. Ay, ay, ay, señor, qué es estò?
Ign. Esto solo me faltaba.
Hil. De corrido á hablar no acierto.
Christ. Buen quadro para un tapiz:
qué angelitos! vaya, bueno:
á los pies de la muchacha!
Ign. Quieres callar, majadero?
Onof. Pero, padre, vos rezabais?
Hil. Ofrecia; y qué tenemos?
Isab. Dice bien: qué, los señores,
no tienen la alma en su cuerpo?
Ign. Ella va á decirlo todo.
Isab. Si me quieren, qué remedio?
verdad es que están un poco
maduros; pero andan tiesos
todavía: no es extraño
que piensen en casamiento,
que todo el mundo se arropa
si aprieta mucho el invierno.
Hil. Vámonos de aquí, muchachos.
Onof. Esperad iré primero
á casa por el capote.
Hil. Para qué?
Isab. Es buen pensamiento,
porque estais acalorado,
y corre el ayre muy fresco. *vase.*
Hil. Nada importa:
á Dios, señores. *vase.*
Onof. Como un gamo van corriendo:
los dos viejos de Susana
vendrian á ser como estos! *vase.*
Christ. Con que vos tambien queriais?..
de risa me estoy cayendo.
Ign. Qué queria, qué, casarme?
sí señor; pues qué, no puedo?
Christ. Qué poder, ni qué canario?
el demonio del empeño;
un armario hecho pedazos
para qué sirve?
Ign. Apostemos,
si prosigues en hablar,
á que te abro palmo y medio
de cabeza?
Christ. Vamos, vamos,
no hay que inquietarse por ello;
sobre todo: cada qual,
como dice aquel proverbio,
tiene su alma en su palma;
pero estando de por medio
un muchacho de dos varas,
como yo soy...
Ign. Sí por cierto;
bien empleada estaria
en un bárbaro grosero,
que á pesar de mis cuidados,
por tan rudo de talento,
para nada, nada sirve.
Christ. Pues hablando con respeto,
para casado, entre ambos,
me parece que yo llevo
alguna ventaja.
Ign. Vete,
vete al instante allá dentro:
no me consumas la sangre
con tus necedades: presto:
á quién digo, no te vas?
Christ. No hay que enojarse: fumemos.
Vase.
Ign. El demonio del salvage;
que me hubiese visto siento
á los pies de la muchacha,
porque es pesado en extremo,
y con él tendré matraca,
y torcedor sempiterno.
Sale Don Enrique.
Pero Don Enrique.
Enr. Amigo,
á daros mil gracias vengo
por tantos favores...
Ign. Pienso,
que con uno que me hagais,
recompensais todos ellos.
Enr. Qué habrá que no haga por vos?
decid.
Ign. Vos sois un sugeto,
que como tan instruido,
nada extrañareis: yo tengo
en mi casa cierta dama...
Enr. Estoy informado de ello:
proseguid.
Ign. Ella os conoce,
y os estima.
Enr. Yo lo creo,
porque es muy amiga mia;
y venia con intento

de agradeceros lo mucho
que os debo por mil respetos;
y á pediros el permiso...
Ign. Para verla? yo me alegro:
amigo mio, soy hombre,
y débil: harto lo siento,
pues no puedo remediar
que me vaya turbando el seso
esta niña, que la suerte
la conduxo á ser tormento
de mi pobre corazon.
Enr. Qué, la amais?
Ign. Me tiene muerto:
queria hacerla mi esposa,
mas se resiste: soy viejo;
no lo extraño: ó quien tuviera
quarenta y cinco años ménos!
quiero que por mí la hableis...
Enr. Has llegado á muy buen tiempo.
Ign. Para ver si de este infierno
me sacais: vuestras razones
puede que muevan su pecho.
Enr. Yo har lo que pueda.
Ign. Bien;
pero de paso os advierto,
que quando me declaré...
hice mal, yo lo confieso,
me dixo que era mejor
que hiciera su casamiento
con mi hijo.
Enr. Qué oygo, penas? *ap.*
Ign. Ya mirais que yo con esto
nada adelanto en el caso.
Enr. Eso se da por supuesto.
Ign. Pues señor...
Enr. No digais mas;
ya estoy en todo el empeño:
quándo quereis que la hable?
Ign. Ahora mismo: al momento
voy á decirla que venga,
sirviéndome de pretexto
el conocimiento antiguo
que teneis.
Enr. Pero tan presto?
Ign. Para música está la zorra,
y la iba el galgo siguiendo. *vase.*
Enr. Isabel me engañaria?
mas cómo dudarlo puedo
despues de lo que me ha dicho
Don Ignacio? débil sexô!
quánto una pequeña ausencia
puede en femeniles pechos!

Sale Doña Isabel.

Isab. Nunca tan grato á mis ansias
Don Ignacio, por precepto
me impone que salga á verte;
pero qué es lo que estoy viendo?
tú tan triste en mi presencia?
tú el semblante tan severo
conmigo, conmigo, que
te amo con el extremo
mas fino, y mas decidido
que cabe en humano pecho?
qué tienes, querido mio?
no con tan adusto ceño
me mires, dulce bien mio:
mírame amoroso y tierno,
que todo puedo sufrir,
mas tus desdenes no puedo.
Enr. Al cabo de mil fatigas
y de trabajos inmensos,
mira alegre el navegante
el apetecido puerto;
mas tempestad rigorosa
turba de repente el cielo,
choca la nave en la costa,
y se confunde en los senos
del mar, que ayrado sepulta
vidas y haciendas á un tiempo:
despliega á la blanca aurora
la rosa en su caliz bello,
fragante encarnada pompa,
que es de la vista embeleso;
pero sopla por la tarde
cruel erizado cierzo,
que toda su lozanía
convierte en mustio escarmiento:
Del mismo modo mi amor,
quando lo esperaba ménos,
fué el navegante que halló
tu sepulcro junto al puerto,
y la rosa marchitada
á los rigores del viento.
Isab. No, Enrique, me martirices;
no me estés dando tormento
con esas comparaciones,
fria gala del ingenio:
qué tienes?

Enr. Ingrata,
tal preguntas? tengo zelos...
pero no, zelos no son
los agravios descubiertos,
sino desesperaciones
que ignoro, como tolero.
Isab. Zelos tú?
Enr. Sí, y duplicados;
pues igualmente los tengo
de Don Ignacio y su hijo:
á mí me encarga el primero
que en su favor me interese
contigo, y al mismo tiempo
me dice que hácia su hijo
manifiestas tus deseos;
que se lo has dicho tú misma:
hay disculpa para esto?
Isab. No, no la hay.
Enr. Ah! lo dices
tan serena?
Isab. Si le quiero,
qué he de decir?
Enr. Estoy loco.
Isab. No hay motivo para ello;
pues el que yo quiera á un hombre,
es de admirar?
Enr. No por cierto,
muger vil; pero querer
á un hombre tan sin talento,
tan bárbaro, tan vulgar,
tan ignorante...
Isab. Perverso,
pues si todo eso conoces,
cómo formas un concepto
tan baxo de mí? traidor,
imaginas que no entiendo
que el deseo de tus bodas
cubres con ese pretexto?
Enr. Tal presumes de mí, falsa?
Isab. Yo falsa? viven los cielos
que te arranque el corazon,
si otra vez ese dicterio
me aplicas: no, no es el sol
tan puro como mi afecto.
Enr. No dixiste á Don Ignacio,
quando te explicó su intento,
que por qué no te casaba
con su hijo?
Isab. Eso es muy cierto,
pero fué cautela mia
para cortar el progreso
de su intencion.
Enr. Lo dixiste
por fin, y fué manifiesto
agravio: tú presumias
no volverme á ver, y presto
te resolviste al partido
mas propio para el consuelo.
Isab. No conoces mi carácter.
Enr. Conozco tus fingimientos.
Isab. Qué apostamos, hombre duro,
á que hago por desprecio,
lo que por gusto no hiciera?
Enr. Me amenazas? huiré
de tu vista.
Isab. No, mi dueño,
no te huyas; yo te amo,
tú eres todo mi consuelo,
única esperanza mia,
y de mis ansias objeto:
vuelve esos ojos, amores;
vaya una tierna mirada,
una tan sola: no el ruego
desprecies de quien te ama,
y ni con el pensamiento
puede ofenderte: acabemos,
que se me desmaya el alma
de lo mucho que te quiero.
Enr. Mas si no me satisfaces?
Isab. Qué aun no te basta con esto?
E... Con eso nada me dices.
Isab. No te digo lo que siento?
estás obstinado.
Enr. Estoy perdido.
Isab. No te convenzo?
no me crees?
Enr. Soy delicado.
Isab. No eres sino un hombre necio,
inconseqüente y cruel.
Enr. Quién da ocasion para ello?
tu ligereza.
Isab. La ignoro:
eres un vil.
Enr. Y tú el centro
de la perfidia.
Isab. Cruel...
Enr. Inconstante...

Sale Don Ignacio.

Ign. Qué es esto?
qué voces! qué ha habido aquí?
Isab. Hay una rabia, un despecho,
un furor que me arrebata,
un áspid que en lo secreto
de mi corazon me muerde:
no me hableis de casamiento,
que en el estado en que estoy,
solo fuera mi recreo
acabar con quantos hombres
infaman el universo,
por duros, por insensibles,
por vanos, y por soberbios. *vase.*
Ign. Un torbellino parece:
qué modo de hablar tan nuevo!
explicaos, Don Enrique;
no me tengais tan suspenso:
qué es esto?
Enr. Yo no lo sé:
la hablé de vuestros deseos;
la dixe que en Don Christóbal
no pusiera el pensamiento,
y se irritó como veis.
Ign. Pero este hablar...
Enr. No lo entiendo:
yo tambien lo he estrañado.
Ign. Vamos, amigo, allá dentro
para apaciguarla.
Enr. Vamos.
Ign. Aquí hay sin duda misterio:
esta chica acabará
conmigo en muy poco tiempo.
Vanse, y salen Clara y Christóbal.
Clar. Señorito? Señorito?...
Christ. Señorito yo? muy bueno:
un hombrazo como un roble,
señorito? Señoritos
son unos trastos entecos,
y encanijados; por vida
del demonio! me requemo:
Señorito? me desespero;
mas quisiera... pero al cabo,
qué tenemos.
Clar. Ay señor! á Isabelita
encontré que á su aposento
pasaba, é iba llorando.
Christ. Llorando?
Clar. Haciendo pucheros
iba la pobre.
Christ. Yo haré
tortilla al que tenga de ello
la culpa. Votova el diablo;
esos miserables viejos,
como soy, la han de pudrir.
Sale Don Hilario.
Hil. Arrebatado del fiero
impulso de mi pasion,
como por fuerza me vuelvo
á esta casa. Don Christóbal?
Chris. Don Canario: qué hay de nuevo?
á qué volveis á esta casa?
habrá emplasto? ea, al momento
tomar la puerta, y que nunca
vuelva yo á ver embelecos
en esta casa, que no es
purgatorio.
Hil. No son esos
modos de tratar á un hombre...
Chri. Qué hombre, ni qué niño muerto?
lo dicho, dicho.
Hil. Mas quién
daros puede atrevimiento...
Christ. Mi gusto, y mis manos, que
os enviarán al infierno,
si me enfadais.
Hil. Es injuria.
Christ. Que lo sea.
Hil. Es punible atrevimiento.
Christ. A marchar tocan.
Hil. Yo haré...
Christ. Qué podeis hacer?
Sale Don Onofre.
Onof. Qué extremos
estoy notando?
Clar. Una misa *ap.*
á las ánimas ofrezco,
si les pega una paliza.
Christ. Tú tambien, sin mas remedio,
tomarás pipa de aquí,
con tu padre, con tu abuelo,
y toda tu casa entera:
ea, en qué nos detenemos?
Onof. Estólido campesino,
eres de esta casa dueño
para atreverte...
Salen Crispin y Leonardo.
Crisp. Señores,

poca bulla.
Christ. Otra te pego?
tambien tú viejos me traes?
Crisp. Este es muy honrado, y bueno;
y de aquellos que no sienten
las cosquillas en el cuerpo:
está mi amo?
Clar. Sí está.
Crisp. Pues dí que venga al momento,
y todos con él.
Clar. Al punto
voy á servirte. *vase.*
Christ. Qué es esto?
qué novedad?
Crisp. El señor
es quien ha criado el bello
portento de Isabelita.
Leon. Y humilde servidor vuestro.
Christ. Pero quando yo la traxe,
dónde estabais?
Leon. En Toledo,
donde me llamaba cierta
precision...
Salen todos.
Isab. Qué es lo que veo?
padre querido?
Enr. Leonardo?
Ign. Amigo?
Enr. Pues á qué efecto
en Madrid vos?
Leon. A llevarme
á mi hija.
Ign. Cómo es eso?
no sabeis quién es?
Leon. Señor,
pues no tengo de saberlo?
oid: de muy pocos meses,
y con el mayor secreto,
me entregasteis una niña
que cuidara con esmero,
como lo hizo mi esposa;
vos me disteis para ello
una cantidad crecida;
murió pasado algun tiempo
la niña; yo era muy pobre,
y temia que el dinero
me pidieseis; no os dí parte
del desgraciado suceso;
y como nunca veniais
á visitarnos al pueblo,
una hija mia, que es Laura,
y la misma que estais viendo,
suplió la que me entregasteis;
y en suma, para que de ello
no os quede duda, aquí estan
los precisos instrumentos
de la justificacion;
quando querais podeis verlos;
enviasteis por mi Laura
quando yo estaba en Toledo,
y en fin...
Ign. Todo está entendido:
perdono el engaño vuestro,
y quanto hubiese gastado
perdono: tan solo quiero
que me la deis por esposa...
Hil. Tambien lo mismo deseo;
y sobre la cantidad
que satisfacer espero,
toda mi hacienda y mi casa
pongo á sus pies, y á los vuestros.
Onof. Primero somos los hijos.
Christ. Los hombres somos primero.
Leon. Señores, ahí esta ella:
lo que hiciere doy por hecho.
Todos los quatro van por turno llegándose á ella, quitándose unos á otros, formando un juego de teatro con viveza.
Hil. Señorita, de las ansias
de mi amor compadeceos.
Christ. Váyase á espulgar un galgo.
Ign. Apártate, majadero;
Isabelita, por Dios...
Onof. Señorita, yo me quemo...
Ign. Apártate de ahí: sí, perdon...
Christ. Qué perdon, ni padre nuestro?
Crisp. Buena va la danza, buena; *ap.*
y mi amo hecho un jumento,
sin hablar una palabra.
Isab. Poco á poco, haya sosiego,
que todo se compondrá:
vuestro permiso no tengo
para elegir el que quiera
entre todos?
Leon. Por supuesto.
Isab. Pues elijo...
Los 4. A quién?

Isab. A quién?
á quien con frio silencio
parece que no me quiere,
y yo no puedo creerlo;
si no es que el ser labradora
y pobre...
Enr. No digas eso,
que agravias un corazon
que fué tuyo en todo tiempo:
esta es mi mano, bien mio.
Isab. Mi amor, mis brazos son estos.
Ign. Con que vos erais...
Enr. Amante de
Laura.
Ign. Pues á buen puerto *ap.*
habia llegado yo
para que mediara...
Christ. Bueno:
es buen chico: la muchacha
tiene razon: yo me alegro:
aunque la quiero, no importa:
con él va bien, y *laus deo.*
Onof. Pero ha sido felonia.
Hil. Los dos nos quedamos frescos.
Ign. No habernos enardecido.
Enr. Y yo pagaros prometo...
Ign. Nada; que en mi casa
se case.
Enr. Sois caballero.
Crisp. Es que falta todavía
otra boda.
Ign. Solo espero
saber quál es?
Crisp. Duendecillo
con moño, enlázate *mecum:*
daca aquí la mano, y vaya
la soga tras el caldero.
Clar. Agarra, agarra, muchacho;
porque no estan estos tiempos
para despreciar bodas.
Crisp. Todas sois de un pensamiento,
sea qual fuere el paciente;
lo demas es lo de ménos.
Christ. Yo seré vuestro padrino.
Crisp. No nos fartará á lo ménos
tabaco; y pues ya está hecho
lo que hay que hacer, qué nos falta?
Todos. El perdon de nuestros yerros.

F I N.